

jeto el llegar al sitio de combate antes de que el enemigo se apercibiese de que había emprendido su marcha. En esto le favoreció el éxito, pues poco antes de la madrugada llegó al frente de las trincheras de la ciudad.

Como había previsto, su llegada no había sido anticipada y así pudo sorprender á los guardias avanzados del enemigo antes de que éstos diesen la voz de alarma. Durante esa maniobra no se disparó un solo tiro. Por los centinelas capturados supo Díaz la posición que ocupaba el enemigo en la ciudad, su número probable y otra información que le fué de gran valor en el ataque que había determinado comenzar desde luego.

Distribuyó sus fuerzas para el asalto reservando la porción principal para el ataque de los cuarteles, en tanto que pequeñas partidas fueron destacadas bajo el mando de sus oficiales de más confianza para atacar á los destacamentos enemigos esparcidos en la ciudad. Esto se hizo para simular la impresión de que el ataque provenía de una fuerza muy considerable, confundir así al enemigo y hacerle creer que el peligro le amenazaba por todos lados.

Apenas la luz de la alborada asomaba por el Oriente, cuando Porfirio Díaz dió la voz de avance de sus fuerzas hacia el ataque. Su bien combinada estratagema tuvo el mejor éxito. Después de una viva pelea tomó posesión de los cuarteles y dejando en ellos un destacamento suficiente para protegerlos, se apresuró á ir en socorro de sus otras pequeñas fuerzas que habían sido rechazadas. Por asalto tomó la Prefectura y allí hizo prisionera á toda la infantería enemiga.

Entre tanto la caballería enemiga había entrado en acción y atacaba las huestes de Porfirio en las calles; pero aquéllas formaron sus pelotones de reclusas en cuadro y así resistieron el encuentro, sembrando al mismo tiempo la muerte entre las filas de los soldados de caballería. Este, al fin, creyéndose rodeado se dispersó y huyó, dejando en posesión de la

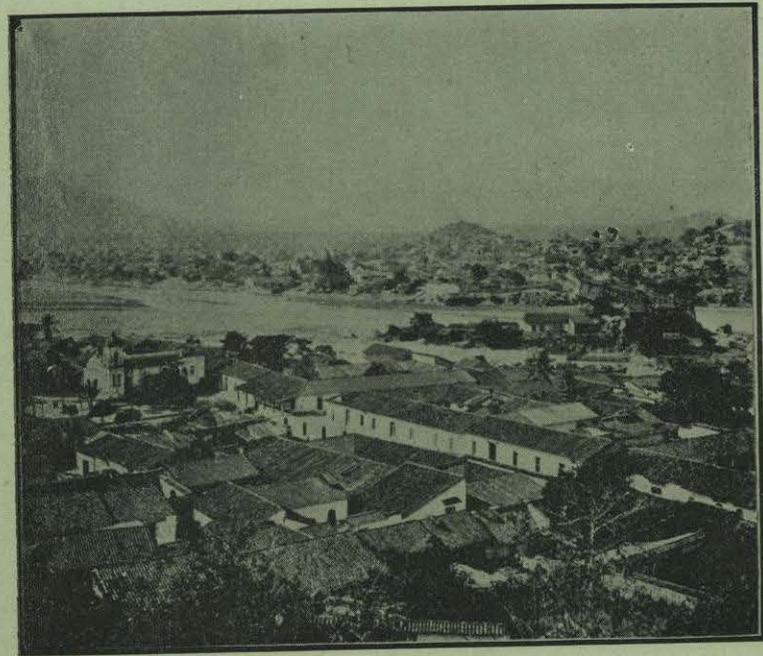
ciudad al osado guerrero, quien, contando con la infantería encerrada en los cuarteles y en la Prefectura, había hecho un número mayor de prisioneros que el total de sus propias tropas.

Pocos hechos de armas de Díaz fueron tan audaces y coronados de tan brillante éxito. La captura de la ciudad de Tehuantepec dejó libre el camino hacia Ventosa y confirmó la seguridad del más valioso convoy de armas que los liberales habían recibido hasta aquel entonces durante esa guerra.

La audaz realización del transporte de estas armas y la aún más osada captura de Tehuantepec, con un puñado de reclutas, dió fama al nombre de Díaz y alentó la esperanza en el corazón de Juárez de que todavía no estaba todo perdido en el Estado de Oaxaca.

Por su brillante hazaña Porfirio Díaz fué ascendido al rango de Coronel de la Guardia Nacional y para honrar más la ocasión, su despacho y comunicación respectiva fueron fechados el 25 de Noviembre de 1859, fecha en que 300 reclutas mal disciplinados, todos de raza indígena, habían capturado la ciudad de Tehuantepec entre las horas de la madrugada y las diez de la mañana, derrotando á una fuerza varias veces mayor en cuanto á número é infinitamente superior en disciplina y con las ventajas naturales de su posición para defensa, pues la victoria había sido ganada con infantería, en tanto que el enemigo poseía excelente artillería y caballería.

Por carecer de caballería Díaz no pudo perseguir por considerable distancia al enemigo y por esto el ejército de Cobos en Tehuantepec escapó de ser totalmente aniquilado. Pero los efectos de la victoria se hicieron sentir en todo el Istmo y aquellos que habían mostrado abierta hostilidad á los liberales se inclinaban ahora á ocultar sus simpatías por el partido que creían ser más á propósito para permitirles proseguir sus irregularidades con las cuales habían defraudado al Gobierno del Cantón la mayor parte de sus ingresos.



TEHUANTEPEC.

Pero aún cuando el camino á Ventosa se hallaba libre debido á la derrota del partido reaccionario en Tehuantepec, el problema del transporte de las armas y avíos de guerra tan dramáticamente salvados de la destrucción tenía aún que ser resuelto. La victoria de Díaz lo había colocado en una posición desde la cual podía con más facilidad dominar la situación. Ello le permitió reunir muy cerca de 200 carros en los cuales cargó el material de guerra, llevado hasta allí desde Minatitlán sobre las espaldas de los indios.

La necesidad de conducir las armas á un sitio seguro era urgente, pues aún cuando las fuerzas reaccionarias en la ciudad de Tehuantepec habían sido derrotadas, quedaban todavía aquellas que habían perseguido á Díaz desde Minatitlán y además las otras fuerzas armadas que Cobos había enviado al distrito de Tehuantepec.

Violentamente se remitió el material de guerra á Juchitán, donde Díaz contaba con muchos amigos y donde había obtenido los cargadores indios y hombres que le ayudaron al transporte de esas armas desde Minatitlán á la ciudad de Tehuantepec.

De nuevo puso en ejecución la misma táctica que había adoptado en su expedición desde Minatitlán. Evitó el camino real y avanzó por sendas transversales, lo que en ocasiones le obligó á abrirse paso á fuerza de machete á través de los bosques y breñales.

De Juchitán el convoy fué más tarde conducido á Ventosa y de ahí á su destino por José Romero, hermano del famoso Matías Romero, Ministro de Juárez en Washington. Don José condujo dicho convoy hasta Zihuatenejo, donde el General Alvarez lo recibió. Como este último trayecto fué hecho por la vía marítima y las fuerzas reaccionarias no contaban con buque alguno en las aguas del Pacífico, el viaje fué hecho comparativamente seguro.

Los dos años que Porfirio Díaz pasó en Tehuantepec, en medio de un pueblo reaccionario por instinto y por simpatía, la dramática salvación de las provisiones de guerra que tanto esfuerzo había costado

conseguir y que tanto se necesitaban por el partido de Juárez; la toma de la ciudad de Tehuantepec por un puñado de indios inexpertos y la remesa del convoy á Ventosa, en tanto que las tropas de Cobos afluían de todos lados hacia el sitio de acción, habían labrado al joven comandante una reputación como guerrero y táctico, que se había extendido por todo el Sur de México, haciendo que el gobierno liberal lo viese como el baluarte de su causa en todo el territorio, desde el moderno Estado de Guerrero hasta el Istmo de Tehuantepec.

Cobos había violentado las represalias contra Díaz con su invasión de Tehuantepec y los dos hombres se hallaban ahora frente á frente. En todos los encuentros previos Porfirio había llevado la mejor parte, no obstante que en muchas ocasiones hizo cara al enemigo con fuerzas muy inferiores en experiencia, número y armamento.

Los dos años de constante lucha, durante los cuales había vivido casi constantemente sobre las armas y contando sólo con sus propios recursos, habían dado á Díaz confianza en sí mismo y experiencia, factores de inestimable ventaja para la contienda aún más encarnizada que se aproximaba y en la cual debiera desempeñar el más prominente papel.

En esos dos años aprendió á conocer á fondo el carácter indio en tiempos de guerra; había adquirido una percepción de condiciones tan notable como en cualesquiera otras circunstancias no habría podido lograr tan bien, pues en Tehuantepec se había visto obligado á trazar su propio destino, lo que nunca habría realizado en forma tan brillante estando sujeto á órdenes constantes y á la supervisión de las autoridades centrales. Estas circunstancias y su naturaleza fecunda en recursos y actividad, arrojan luz sobre su casi invariable éxito durante los tormentosos años posteriores, hasta el día en que entró á la Capital de la República al frente de sus valerosos soldados cubiertos de andrajos y cicatrices y pregonó que el efímero malogrado imperio había terminado.



MESTIZA DE TEHUANTEPEC.